



SERIE CALDER
ACADEMY

DULCE PESADILLA

TRACY WOLFF

 Planeta

TRACY WOLFF

DULCE PESADILLA
Calder Academy 1

Traducción de Pura Lisart y Roser Granell

 Planeta

Título original: *Sweet Nightmare*

© Tracy Deeb-Elkenaney, 2023

Primera edición en Estados Unidos bajo el título *Sweet Nightmare: The Calder Academy series #1*

Traducción publicada por acuerdo con Entangled Publishing, LLC a través de RightsMix LLC. Todos los derechos reservados.

© por la traducción, Pura Lisart y Roser Granell (Prisma Media Proyectos S.L.), 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-08-28980-7

Depósito legal: B. 8.424-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



NO EXISTEN LOS ESCAPES RAPIDITOS

Me quito de encima el último tamollín mientras me lanzo al suelo, pero no piensa rendirse sin pelear.

Este tiene unos dientes largos y afilados que me dejan un surco en el hombro, mientras que sus garras, todavía más largas y puntiagudas, me arañan el bíceps derecho al intentar aferrarse a mí.

Ahogo un grito cuando la sangre recién derramada, mi sangre, cae sobre la punta verde manzana de mis maltrechas pero adoradas Gazelles, pero aun así no me detengo. Tengo la libertad al alcance. Solo debo estirar la mano y agarrarla... Y, ya que estamos, evitar que vuelvan a rodearme.

Por suerte, consigo asir el anticuado pomo de la puerta al primer intento, y me revuelvo mientras intento abrir el cerrojo de hierro. Es muy viejo y siempre se queda atascado, pero, tras años a cargo de la jaula de los tamollinos, me he aprendido todos los trucos que hay. Empujo hacia la izquierda, hago palanca en la parte de la derecha hacia arriba y tiro con todas mis fuerzas.

El cerrojo se abre justo cuando otro tamollín, o quizá el mismo de antes (a estas alturas ya no sé nada), me muerde

con fuerza el tobillo. Para quitármelo de encima doy una patada hacia atrás tan fuerte como puedo mientras muevo la pierna como una loca y a la vez tiro de la puerta con el mismo ímpetu. Pesa mucho y me duele el hombro, pero ignoro el dolor mientras me lanzo de cabeza a una abertura apenas más amplia que mis caderas y cierro de un portazo a mis espaldas.

Para asegurarme de que ninguno me ha seguido, porque los tamollinos son muy escurridizos, me estampo de espaldas contra la madera vieja. En cuanto lo hago, mi mejor amigo, Luis, aparece iluminado por la tenue luz del pasillo del sótano.

—¿Buscabas algo? —Levanta mi botiquín de primeros auxilios y después se detiene de golpe cuando por fin me echa un buen vistazo—. ¿Te han dicho alguna vez que se te dan genial las entradas triunfales?

—¿No querrás decir «salidas»? —Carraspeo mientras ignoro la cara horrorizada con la que me mira—. La tormenta que se avecina debe de haber alterado a los tamollinos más de la cuenta.

—¿Alterado? ¿Así es como quieres llamarlo? —contestata, pero su comentario es apenas perceptible debido a un grito bestial y ensordecedor que viene de detrás de la puerta—. ¿Qué es ese ruido tan horroroso?

—Pues ni idea.

Miro a mi alrededor, pero no veo nada. Aunque también es cierto que todo el pasillo está iluminado por una sola bombilla triste y sin revestimiento que cuelga del techo, así que tampoco es que nos proporcione una vista fantástica.

Sin embargo, los gritos se oyen cada vez más..., y ahora distingo que provienen del interior de la jaula.

—Mierda.

Cuando coloco el último pestillo en su sitio, veo una patita de tamollín atrapada entre la puerta y el marco.

Luis sigue mi mirada.

—Ni de coña. Clementine, ¡ni se te ocurra!

Sé que tiene razón, pero...

—Es que no puedo dejar a la pobre criaturita así.

—Esa «pobre criaturita» acaba de intentar comerse tus entrañas —espeta.

—¡Lo sé! Créeme que lo sé.

Me sería imposible olvidarlo, teniendo en cuenta todas las partes del cuerpo que me arden de dolor ahora mismo.

Pone en blanco sus ojos lobunos grises con tanta exageración que incluso me sorprende un poco de que se le den la vuelta.

Para entonces los gritos se han convertido en sollocitos apagados.

—Tengo que abrir la puerta, Luis.

—¡Joder, Clementine! —Sin embargo, incluso mientras lo dice, se pone a mis espaldas para apoyarme—. Quiero que conste que me opongo a esta decisión.

—Se tendrá en cuenta —le contesto a la par que tomo aire y abro con pocas ganas el pestillo que acababa de cerrar—. A ver qué pasa.

BAJO TU CALDER Y RIESGO

—¡No apartes la mano de la puerta! —me insta Luis mientras se inclina sobre mi hombro para controlar al detalle la situación, cosa que intenta hacer en muchos otros aspectos de mi vida.

—Esa es la idea —contesto rodeando el pomo con una mano y colocando la otra justo encima para poder cerrar la puerta de un empujón en cuanto la pezuña del tamollín quede libre.

Tiro de la puerta con la fuerza justa y, en cuanto la pata se retira del umbral, arrojo todo el peso de mi cuerpo contra ella y la cierro una vez más con toda la fuerza que logro reunir. Milagrosamente, consigo evitar un nuevo desastre.

Un coro de alaridos enfurecidos se alza tras la puerta, pero nada se escapa.

Estoy a salvo..., al menos hasta la próxima.

Exhausta ahora que el último subidón de adrenalina me ha abandonado por completo, me apoyo en la puerta, me dejo caer hasta que mi culo toca el suelo y, entonces, respiro. Simplemente respiro.

Luis se desploma a mi lado y me señala con un movimiento de la cabeza el kit de primeros auxilios que ha sol-

tado a pocos metros de nosotros. Tiene la costumbre de traérmelo cada vez que debo encargarme de los tamollinos y, por desgracia, raro es el día en que no lo necesite.

—Igual deberíamos empezar a vendarte. El timbre sonará dentro de unos minutos.

Suelto un gruñido.

—Pensaba que estaba empezando a ganar velocidad.

—Una cosa es ser veloz y otra ganar velocidad —señala con una sonrisa triste—. No hace falta que te asegures de que todos y cada uno de los cuencos de esos monstruitos están llenos de agua bien fría. Basta con que estén a temperatura ambiente.

—Estamos en septiembre. En Texas. Es imprescindible que el agua esté fría.

—¿Y qué consigues con preocuparte tanto?

El pelo negro cortado a cuchilla le cae sobre el ojo izquierdo mientras me mira la manga rasgada de la camiseta... y los arañazos profundos de debajo.

Ahora me toca a mí poner los ojos en blanco al tiempo que voy a por el kit de primeros auxilios.

—¿Que la directora me deje en paz?

—Estoy seguro de que tu madre entenderá que les des agua a temperatura ambiente si con eso te ahorras perder cantidades ingentes de sangre. —Mira el apósito grande que he sacado del kit mientras hablábamos—. ¿Te ayudo con eso?

—Casi que sí —respondo a regañadientes—. Pero pónme solo el de la espalda, ¿vale? Creo que la gracia de ocuparme de los tamollinos es que se trata de un castigo, así que dudo que mi madre se preocupe demasiado por mis sentimientos.

Suelta un bufido con el que confirma esa verdad al mismo tiempo que aparta el cuello de la camisa roja de mi uniforme lo justo para ponerme el apósito en el hombro, que sigue sangrando por los rasguños.

—Tampoco es que a ti te hayan metido en este centro por alguna jugarreta fatídica o por mal comportamiento, como al resto de nosotros.

—Y, aun así, aquí estoy. Las ventajas de ser una Calder...

—Sí, bueno, seas Calder o no, tienes que despedirte de los tamollinos o a este paso no creo que llegues a graduarte.

—Descuida, me graduaré —aseguro mientras me pongo unos pocos apósitos más—. Aunque solo sea por salir por fin de esta maldita isla.

—Un año más —dice Luis, y extiende la mano para que le pase el kit de primeros auxilios— y los dos saldremos de aquí.

—Más bien doscientos sesenta y un días.

Vuelvo a meter la caja de apósitos de malas maneras en el kit y se lo doy. Después me levanto sin hacer caso a todas las partes del cuerpo que me duelen.

En cuanto nos ponemos a recorrer el pasillo húmedo, oscuro y deprimente, la bombilla empieza a balancearse y a chisporrotear en la quietud absoluta del corredor.

—¿Qué mierdas es eso? —pregunta Luis.

—Una sugerencia acuciante de que aligeremos el ritmo —respondo, pero, antes poder dar un paso más, la bombilla emite un chasquido y, segundos más tarde, un montón de chispas salen disparadas de su interior, justo antes de que el pasillo se suma en la oscuridad.

—Esto no es espeluznante para nada —suelta Luis im-

pasible, deteniéndose en seco para escudriñar las tinieblas con cierta reticencia.

—No le tendrás miedo a la oscuridad, ¿verdad?

No puedo evitar pincharlo un poco mientras saco el móvil del bolsillo.

—Claro que no. Soy un lobo, ¿sabes? Tengo visión nocturna.

—Eso no te hace menos gallina. —Sigo pinchándole.

Deslizo el pulgar sobre el icono de la linterna del móvil y enfoco el pasillo con la luz.

Como hecho adrede, la puerta que está justo delante de Luis se agita con violencia sobre las bisagras.

No necesitamos más motivación que esa para echar a correr. El haz de luz del móvil se mueve de un lado a otro al mismo compás que mis zancadas. Miro hacia atrás para asegurarme de que no hay nada a nuestras espaldas y la luz capta lo que parece ser una sombra voluminosa en el pasillo adyacente. Apunto con la linterna en esa dirección, pero no hay nada.

Entonces, un golpetazo atronador surge de la estancia de la izquierda, seguido por un ruido de cadenas y un chirrido agudo bestial que no parece estar amortiguado (en absoluto) por la gruesa puerta de madera que nos separa.

Luis acelera el paso y yo me uno a él. Dejamos atrás varias puertas más antes de que la que tenemos enfrente empiece a vibrar con tal violencia que temo que se salga del marco en cualquier instante.

Un pasillo más, una carrera desenfadada y llegaremos a las escaleras. Fuera de peligro.

Al parecer, no corro tan rápido como Luis, porque me

coge de la mano y tira de mí cuando un alarido furioso y ensordecedor nos sigue tras doblar la esquina.

—¡Corre, Clementine! —grita, y me empuja hacia las escaleras que tiene delante.

Subimos los peldaños precipitadamente y salimos por las puertas dobles que hay al final justo cuando empieza a sonar el timbre.